

**SIN
DIRECCIÓN
FIJA**

SIN DIRECCIÓN FIJA



SUSIN NIELSEN

DESTINO

Diseño de portada: © Pedro Daniel González
Ilustración de portada: © Pedro Daniel González
Diseño de interiores: Gerardo Hernández Clark

Título original: *No Fixed Address*

Texto © 2018 por Susin Nielsen
Publicado por acuerdo con Tundra Books,
una división de Penguin Random House Canada Limited.

Traducido por: Gerardo Hernández Clark

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO INFANTIL & JUVENIL M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección
Delegación Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: febrero de 2019
ISBN: 978-607-07-5506-4

Primera edición impresa en México: febrero de 2019
ISBN: 978-607-07-5495-1

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.
Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México
Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*



27 de noviembre, 12:05 am

Mi pierna se sacudía de arriba abajo. En la silla, yo me apoyaba primero en una pompa, luego en la otra. Tenía las palmas de las manos húmedas y el corazón me daba golpes en el pecho.

—Nunca me habían interrogado.

—No te estoy interrogando, Felix. Nada más estamos platicando.

—¿Está grabando?

—¿Para qué iba a hacerlo?

—Así lo hacen en la tele.

—No estamos en la tele.

El frío de la silla metálica atravesaba el pantalón de mi pijama.

—¿Los policías ven series policiacas?

—Claro.

—Pero ¿no es como llevarse trabajo a la casa?

Constable Lee sonrió. Tenía los dientes muy derechos. Gracias a mis poderes de observación, abreviado como PDO, supe que provenía de una familia de clase media, capaz de pagar a un ortodoncista. Por mis PDO también supe que disfrutaba de la comida: los botones de su uniforme estaban tensados al máximo.

—En realidad, no —respondió—. Para nosotros también es una forma de escapismo, aunque a veces le gritamos a la tele cuando hacen algo totalmente falso.

—¿Como qué?

—Como grabar una conversación como esta. Sólo grabamos si la persona fue acusada de cometer un crimen, o si se sospecha que lo cometió.

—¿Están grabando a Astrid?

—No puedo responder esa pregunta.

¡Ay, no! Casi nunca lloro, pero de repente sentí que se me iban a salir las lágrimas, y frente a una policía. Creo que se dio cuenta, porque agregó:

—Lo dudo mucho.

Tomé aire. Lo solté. Me enderecé en la silla. Traté de aparentar calma y de mantener la compostura, aunque sabía que mis rizos rubios estaban despeinados y levantados en todas direcciones porque, hasta antes de que todo se arruinara, yo estaba acostado en mi cama. Por si fuera poco, llevaba puesta mi viejísima pijama de Minions, que,

además de ser infantil, me quedaba chica. Constable Lee y su compañero no nos dieron tiempo para cambiarnos.

—Quisiera hablar con mi abogado.

—Déjame adivinar: eso también lo viste en la tele.

—Sí.

—¿Tienes abogado?

—No. Pero la ley me permite tener uno, ¿no?

—Sí, pero no lo necesitas. No hiciste nada malo.

—Entonces, ¿puedo irme?

—Supongo. Pero ¿a dónde irías?

Pensé en Dylan y en Winnie; luego recordé que les dije que no quería volver a verlos nunca.

—¿Cuándo terminarán de hablar con Astrid?

—No creo que tarden. —Me miró fijamente mientras sacaba y metía la punta de su pluma: clic, clic, clic, clic—. 

¿Puedo preguntarte algo? ¿Por qué no la llamas mamá?

—Dice que es muy jerárquico.

Por centésima vez recorrí con la mirada aquel enorme lugar, donde había un montón de escritorios y unas pocas personas. Y, por centésima vez, no logré ver a Astrid.

Le envié un mensaje mental, «Todo saldrá bien», pues siempre está diciéndome que recibirá todo lo que le mande. Ya no creo en eso, pero teniendo en cuenta las circunstancias, valía la pena intentarlo.

—Pero que quede claro —le dije a Constable Lee—: Astrid es una gran mamá.

—Me alegro. —Oprimió una tecla en su computadora—. Voy a hacerte unas preguntas, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

—Empecemos por tu nombre completo.

—Felix Fredrik Knutsson.

Lo escribió en su computadora.

—¿Edad?

—Trece. Bueno, casi. Doce y tres cuartos.

—¿Nombre completo de tu mamá?

—Astrid Anna Knutsson.

—¿Dirección?

Bajé la mirada a mis pies. Llevaba mis botas de hule sin calcetines: no tuve tiempo para buscar un par.

Constable Lee se inclinó hacia mí. Tenía los hombros encorvados. No era una buena postura.

—Esta noche, Felix, cuando acudimos a tu llamado, daba la impresión de que ustedes vivían allí.

¡Ay, cómo extrañaba a mamá! Ella daría una explicación creíble. Pero no soy como ella. No tengo su talento para darle vueltas a la verdad.

Así que no levanté la vista del piso.

Constable Lee empezó a teclear aunque yo no dije ni una palabra.

—Felix —dijo con dulzura—, puedes decirme lo que sea.

—Tengo hambre.

—Por supuesto. Debí preguntártelo. —Se levantó apoyándose en el escritorio y se subió los pantalones para que

le cubrieran la panza—. Sólo puedo ofrecerte golosinas de la máquina expendedora, espero que no haya problema. ¿Tienes alguna alergia? ¿Quieres algo en especial?

—Ninguna alergia. Nada en especial. Aunque me gustan las cosas con sabor a queso.

Constable Lee fue hasta el otro lado de aquella enorme habitación. Miré a mi alrededor. Había un par de policías frente a sus escritorios. Uno estaba leyendo *Mecánica popular* y el otro dormitaba.

Giré hacia mí la pantalla de la computadora de Constable Lee.

Era un reporte de aspecto oficial.

Nombre: Felix Fredrik Knutsson

Edad: 12

Padre o tutor: Astrid Anna Knutsson

Dirección: SDF

Soy muy bueno para descifrar acrónimos, y este, dado el contexto, lo capté casi de inmediato.

Sin dirección fija.

Sentí un escalofrío de miedo. Astrid me lo advertía una y otra vez: «Nadie debe averiguar dónde vivimos». Hasta esa noche, sólo rompí la regla una vez.

Nuestra tapadera se derrumbó. Me dije que no era mi culpa. No había otra opción: tuve que llamar a la policía. Si no lo hacía, quién sabe lo que podría ocurrir.

Aun así, los malos escaparon. ¿Y quiénes estaban en la estación de policía? Las víctimas inocentes: nosotros.

Sobre el escritorio aparecieron dos bolsas de Cheetos y una lata de Coca.

—Pero ¡mira nada más! ¡Tan fisgón como Parker! —exclamó Constable Lee mientras regresaba la pantalla a su posición original.

—Nadie sabe cuál es el origen de esa expresión —expliqué—. Algunos creen que se debe a un arzobispo del siglo XVI llamado Parker, que era muy preguntón, pero otros dicen que eso no es cierto porque la frase apareció hasta finales del siglo XIX.

Sabía que estaba divagando, pero no podía evitarlo.

—Eres una fuente de sabiduría.

—Mi mamá dice que acumulo información como las arañas acumulan nueces.

Constable Lee abrió una bolsa de Cheetos y se metió uno a la boca.

—Escucha. Debes creerme cuando te digo que estoy aquí para ayudarte.

Quería creerle, pero no podía dejar de pensar en mamá, que gruñía como un cerdo cada vez que veía pasar una patrulla y siempre decía: «Nunca confíes en el sistema».

«¿Cuál sistema?», le preguntaba yo cuando era más chico.

«El sistema. Es una expresión. Se refiere a cualquier forma de autoridad».

Así que todo lo que le dije a Constable Lee fue:
—Gracias, pero no necesitamos ayuda.
—¿En serio?
—En serio. Nos mudaremos dentro de muy poco.
—Ah, ¿sí? ¿A dónde?
—No lo sé todavía, pero voy a recibir un dinero. La única pregunta es cuánto.
—¿Una herencia?
—No.
—¿Venderás algunas pertenencias?
—No.
—¿Vas a robar un banco?
—Muy graciosa. No.
—Entonces, ¿de dónde va a salir ese dinero?
—De un programa de concursos.
—Bueno, despertaste mi curiosidad. Cuéntame más.
—¿Acerca del programa?
Constable Lee subió los pies al escritorio.
—Acerca de todo.
Miré su rostro con atención. Mis PDO me decían que se trataba de una persona decente. Tal vez si le contaba la verdad, comprendería que no hicimos nada malo.
Me zampé un montón de Cheetos.
Luego le conté toda la verdad y nada más que la verdad.



Breve historia de las casas

No siempre vivimos en una camioneta. Eso empezó hace apenas cuatro meses. A. C. (antes de la camioneta), vivíamos en un sótano de cuarenta metros cuadrados. Antes de eso, estuvimos en un departamento de cincuenta metros cuadrados. Y, antes de eso, vivíamos en un departamento de setenta metros cuadrados que incluso era nuestro.

Y, antes de todo eso, vivíamos con Mormor.

La casa de Mormor

Mormor significa «la mamá de mamá» en sueco. Era mi abuela. Astrid y yo vivimos con ella en una casa de un piso en New Westminster, en las afueras de Vancouver, hasta

que cumplí siete años. Estaba llena de chucherías suecas. Debía de tener unos cincuenta caballos de Dalecarlia, unas estatuillas de madera pintadas de rojo y azul. También tenía una enorme colección de *tomtar*.

Los *tomtar*, plural de *tomte*, son una especie de gnomos traviesos del folklore sueco. Te cuidan y protegen a tu familia, pero también pueden ser crueles si no los tratas con respeto. Pueden hacerte bromas, robar tus cosas o incluso matar a los animales de tu granja.

Mormor me regaló mi propio *tomte* cuando cumplí cinco años. Era de fieltro y lo confeccionó ella misma. Medía unos diez centímetros de alto y tenía una larga barba blanca, un sombrero rojo con forma de cono y un saco rojo.

—Tu guardián personal —me dijo. Lo llamé Mel.

Mormor me cuidaba mientras Astrid estaba trabajando. En esa época, mi mamá tenía dos empleos: por la tarde daba una clase de pintura en la Universidad Emily Carr de Vancouver, y contestaba los teléfonos en una compañía de seguros.

—Cuando ahorre lo suficiente —me decía—, compraremos nuestra propia casa.

No le gustaba vivir con Mormor. Pero a mí sí. Mormor me llevaba al parque por las mañanas, y por las tardes jugaba al barco pirata, al fuerte o al espacio exterior mientras ella veía sus programas. Drew, Maury, Ellen, Phill, Judge Judy, las mujeres de *The View*... Todos eran como amigos.

Y gracias a Mormor conocí *Quién, Qué, Dónde, Cuándo*, con Horacio Blass. Era su programa favorito, y con el tiempo también fue el mío.

Mormor era lo que se dice una luterana. Me leía historias de la Biblia (pero ese era nuestro secretito, pues Astrid decía que la religión organizada era la causa de todos los males del mundo, y había roto con la Iglesia hacía mucho tiempo). Preparábamos *pepparkakor*, que en sueco significa pan de jengibre, y Mormor me dejaba comer bolitas de masa. A la hora de la siesta trepaba a su regazo y dormía mientras ella veía la tele.

Poco después de que cumplí seis años, desperté de una de esas siestas y vi que Mormor estaba dormida. No era nada fuera de lo común; a menudo se echaba un sueñito por las tardes. Me levanté y jugué en silencio en el piso con mi tren Brio, que era de mi mamá y su hermano cuando eran chicos. Pasó más o menos una hora y, como Mormor no se despertaba, le di un empujoncito. Su cabeza se hundió aún más sobre su pecho. Su piel estaba gris y se sentía fría. Luego noté una mancha oscura debajo de ella. Estaba húmeda.

Empecé a reír.

—Mormor, ¡te hiciste en los pantalones! —Hasta aquel momento, yo era el único de la casa que mojaba los pantalones.

No respondió.

—¿Mormor? —Supe que algo no andaba bien. Pero era pequeño, aún no desarrollaba por completo mis PDO.

Le marqué a mamá. Ella llamó al 911 y corrió a casa. Pero ya nadie pudo hacer nada.

Extrañé mucho a Mormor y sé que mamá también. Durante los meses siguientes dormí en la recámara de Astrid, y todas las noches me llevaba a Mel para que nos cuidara mientras dormíamos. No quería correr ningún riesgo.

Nuestra brevísima experiencia como propietarios

Mormor le heredó todo a mi mamá. No fue tanto como esperaba Astrid porque Mormor transfirió parte de sus ahorros a un príncipe nigeriano. Sin embargo, cuando Astrid vendió la casa al año de la muerte de Mormor, pudimos pagar el enganche de un departamento completamente nuevo al oeste de Vancouver.

Aunque yo extrañaba a Mormor, me encantaba nuestro nuevo hogar. Era pequeño pero nuestro. El olor a químico de la alfombra nueva flotaba en el aire. Todo era tan nuevo que resplandecía. Astrid colgó sus llamativos cuadros por todas partes. Cenábamos mis comidas favoritas, como queso a la parrilla con pepinillos y dedos de pescado con chícharos.

Comencé tercer grado en la Escuela Pública Waterloo y al poco tiempo no sólo tuve un amigo, sino un mejor amigo. Dylan Brinkerhoff y yo pasábamos todo el tiempo juntos, jugando Legos y leyendo libros como *Aunque usted no lo crea*, de Ripley y *Grotescología*. Incluso hicimos una revis-

ta llamada *Historias de Ur-ano* y escribimos artículos sobre avistamientos ovni y *poltergeists*. Astrid consiguió otro trabajo como telefonista en una productora de televisión. Y Emily Carr, donde seguía dando clases dos noches a la semana, sólo quedaba a un corto viaje en autobús.

Sin embargo, al año y medio de que nos cambiamos ocurrieron dos cosas.

La primera: Astrid perdió los dos empleos. No fue su culpa, al menos no esa vez. Las clases de la tarde se cancelaron porque no había suficientes alumnos inscritos para el siguiente semestre. Y la productora quebró.

La segunda: el edificio donde vivíamos empezó a hundirse.

Sí, a hundirse.

Lo construyeron en la ribera de un antiguo río. Los propietarios del edificio estaban en apuros debido a las reparaciones, que iban a costar cuarenta mil dólares. Por departamento.

Nosotros no teníamos cuarenta mil dólares. Nos las arreglamos para seguir allí un año más, pero al final Astrid tuvo que venderlo. Con pérdidas.

El departamento de dos recámaras

En realidad era un departamento de una recámara con un pequeño estudio. Oíamos las peleas de nuestros vecinos y

la alfombra olía raro, pero en general no estaba tan mal. Estaba en el lado este, cerca de Commercial Drive, por lo que tuve que cambiar de escuela a mitad del curso. Y si bien no hice amigos cercanos, tampoco hice enemigos.

Extrañaba mucho a Dylan. No reunimos una que otra vez, pero Astrid no tenía auto y yo era demasiado chico para tomar solo el autobús. Por eso, los papás de Dylan tenían que llevarlo y traerlo, y tenían otros dos hijos con sus propias actividades. Al cabo de unos meses perdimos el contacto.

Como Astrid no pudo encontrar empleo como oficinista ni como maestra, empezó a trabajar por primera vez como mesera, en el Comercial Drive. Tuve que pasar muchas noches solo, pero tenía mi imaginación y los libros de la biblioteca, y además veía los programas que Mormor y yo disfrutábamos juntos, como *Quién, Qué, Dónde, Cuándo*.

Una noche, Astrid llegó a casa antes de lo normal. Estaba que echaba chispas.

—Un cliente no dejaba de agarrarme el trasero. —(Astrid cree firmemente que debe hablarme como a un igual)—. Y es a mí a quien castigan. Sólo porque le aventé una bebida a la cara para que me dejara en paz.

En ese momento comprendí que la despidieron.

Nos atrasamos en el pago de la renta. Por suerte, Astrid hizo amistad con Yuri, el superintendente del edificio, así que no era muy estricto con nosotros. Varios días a la semana, Astrid me preparaba la cena y bajaba un par de horas

a su departamento. Supongo que era una especie de novio, aunque nunca la invitó a una cita formal.

Entonces Astrid conoció a Abelard.

Ya no visitaba el departamento de Yuri. Supongo que él se sintió herido, porque dejó una notificación de desalojo en nuestra puerta.

El sótano de una recámara

Nos mudamos de nuevo, más hacia el este, cerca de Boundary Road. Eso significaba una nueva escuela. En esta ocasión fue más difícil. La mayoría de mis compañeros estaban juntos desde el kínder; no necesitaban amigos nuevos.

—¿Qué rayos hay en tus genes? —me preguntó un día una niña malencarada llamada Marsha.

—Cincuenta por ciento sueco, veinticinco por ciento haitiano, veinticinco por ciento francés —respondí—. En total, cien por ciento canadiense.

Ella frunció los labios.

—Pareces un payaso.

No era la primera vez que se burlaban de mi cabello. Cuando era más chico le pedía a mi mamá que me lo cortara todo, pero se negaba. Ahora me alegra que reaccionara así. Es parte de lo que soy. Soy como Sansón antes de conocer a Dalila: es mi superpoder. Y Astrid adora mi cabello; dice que le recuerda a dos de sus cantantes favoritos,

K'naan y Art Garfunkel. Dice que es bueno tener un rasgo distintivo, y yo estoy de acuerdo durante la mayor parte del tiempo. Así que toleré a tontos como Marsha hasta el final del sexto grado. Pero no me gustaba esa escuela. Tampoco me gustaba nuestro departamento en el sótano. Olía a humedad y estaba oscuro incluso en días soleados. Además, Abelard estaba allí todo el tiempo.

Astrid consiguió otro trabajo de oficina, en CB Hydro, pero tampoco duró. Me dijo que despidieron a varias personas y que, como ella fue la última en entrar, también fue la primera en salir. Sin embargo, por lo que escuché, pasó algo más. Creo que fue respondona con su supervisor.

—No me resulta fácil tolerar a los idiotas —escuché que le decía a Abelard—, y ese tipo era un idiota de primera.

Dos semanas después, Abelard rompió con ella. Lo que nos lleva a:

La Westfalia

La camioneta era de Abelard.

Mi mamá lo conoció en un retiro de meditación. Él era el instructor, o el gurú.

Astrid todavía es bonita, aunque ya tiene cuarenta y cuatro años. Es alta y delgada, y tiene el cabello rubio y ondulado. Veo cómo los hombres voltean a mirarla cuando camina por la calle. Así que, aunque Abelard era diez

años menor que ella, al final del retiro le invitó a mi mamá un café, y desde ese momento fueron inseparables. Cuando nos cambiamos al departamento del sótano, prácticamente se mudó con nosotros y estacionaba su Westfalia frente al edificio.

Abelard me recordaba a Jesús, pero sólo por su apariencia. Tenía cabello castaño y largo, una barba de *hipster* y bigote. Decía que era budista y no dejaba de hablar sobre la paz, el amor y la tolerancia, lo que estaría bien si no fuera porque era un idiota. En primer lugar, mi mamá le pagaba todo, incluso cuando era evidente que apenas teníamos lo suficiente para sobrevivir. Y, en segundo lugar, tenía un humor de perros. Insultó a mamá cuando metió los pantalones de yoga de él en la secadora en vez de dejarlos escurrir, y cuando interrumpió una de sus sesiones de meditación por accidente.

Era un budista enojado.

Y yo no lo soportaba.

Cierta noche de julio, Abelard le dijo a Astrid que iba a hacer un «viaje espiritual» a la India y que no podía seguir «atado» a ella. Empezaron a discutir. Me salí del departamento y rodeé la cuadra diez veces. Por una parte sentía lástima por Astrid, pues sabía que Abelard le agradaba. Por otra, me sentía aliviado. Ella merecía algo mucho mejor.

Para cuando regresé, Abelard ya no estaba.

Pero su Westfalia sí. La camioneta seguía en la entrada. Astrid me dijo que Abelard se la regaló, que era una pequeña muestra de agradecimiento por mantenerlo durante todo ese tiempo.

Ahora me entero de que Abelard la acusó de robar la camioneta.

Sé que en ocasiones mi mamá adorna la verdad. Pero sólo un loco le creería a Abelard, porque ese tipo es una víbora. A mi manera de ver, la verdad se encuentra en algún lugar entre esos dos extremos.

Pero estoy adelantándome.

A la semana siguiente de que Abelard se fue a la India, el casero cambió las cerraduras. Hacía tiempo que quería desalojarnos porque debíamos varios meses de renta. Cuando llegamos a casa encontramos nuestras pertenencias amontonadas afuera del edificio. Mi jerbo, Horacio, estaba en la parte más alta de la pila, dentro de su jaula.

Horacio fue mi regalo de diez años. En realidad, yo quería un perro y me decepcionó que Astrid me diera un roedor. Sin embargo, cuando miré sus ojitos redondos y brillantes y acaricié su pelaje blanco y negro, me enamoré de él. Aunque no podía jugar a traer la pelota, ni correr ni hacer trucos, y aunque su cerebro fuera del tamaño de un cacahuete, lo adoraba. Así que cuando lo vi sobre todas nuestras cosas, de una manera tan precaria, perdí el control.

¿Y si la jaula hubiera caído y él se hubiera lastimado? ¿Y si la puerta no hubiera estado bien asegurada y él hubiera escapado? ¿Y si se hubiera aparecido un perro hambriento? Horacio no parecía traumatizado, aunque, por otra parte, es difícil identificar emociones complejas en la cara de un jerbo.

Empecé a llorar. Muy fuerte. Astrid me abrazó.

—Está bien, *Lilla Gubben*. Está bien.

(*Lilla Gubben* es uno de los apodos con los que me llama. Significa «viejito» en sueco. Al parecer, ese era mi aspecto al nacer: calvo y arrugado).

—¿Qué es lo que está bien? —grité entre sollozos—. ¡No tenemos dónde vivir!

Me tomó de los hombros e hizo que la mirara a los ojos.

—No te preocupes. Encontraré una solución. Siempre lo hago.

Lo que me lleva a:

La casa de Soleil

Astrid empezó a llamar a sus amigos para ver si alguno podía darnos alojamiento por unas cuantas noches.

Algo que mis PDO me enseñaron a lo largo de los años es que mi mamá es muy buena para hacer amigos y mejor aún para perderlos. Por eso no me sorprendió que Ingrid respondiera que no, ni que Karen le colgara el teléfono.

Astrid estuvo pensativa un rato. Luego dijo:

—Intentaré con Soleil.

Soleil fue alumna de Astrid en Emily Carr y también era mamá. Muy pronto se hicieron amigas, pero hacía dos años tuvieron una gran pelea.

Escuché todo desde mi recámara. Al principio estaban celebrando porque Soleil vendió otra pintura, y esa vez a precio récord. Sin embargo, luego de dos botellas de vino, Astrid empezó a hablar sobre la mediocridad de las masas, y sobre cómo no podía explicarse que unos cuadros aburridos y complacientes como los de Soleil se vendieran mientras que sus propias obras, superiores y abstractas, no. Soleil se marchó llorando y no volvieron a hablar.

Hasta ahora.

—Dice que podemos quedarnos en su casa unos días —me contó Astrid cuando colgó el teléfono.

Parecía tan sorprendida como yo.

Metimos todo a la Westfalia y nos dirigimos a la nueva casa de Soleil, en la zona de Main Street y King Edward. Estaba esperándonos en la entrada de una casa grande y moderna. Mientras nos estacionábamos, Astrid me susurró:

—A alguien le va bien últimamente.

Soleil sonrió al verme. Es alta, ancha de hombros y rostro amigable.

—¡Felix, creciste mucho! —Luego abrazó a mi mamá con frialdad—. Astrid, ¿cómo estás? ¿Qué ocurrió?

—El desgraciado casero nos desalojó porque van a remodelar el edificio. —La manera en que las mentiras fluían de su boca era casi admirable.

Soleil nos ayudó a llevar todo al sótano amplio y luminoso de su casa. En la pared colgaba una pintura de rosas amarillas.

—La recuerdo —dijo Astrid—. La pintaste en Emily Carr.

—Y tú me dijiste que era «técnicamente correcta pero emocionalmente muerta». Dijiste que no estaba a la altura de mi verdadero potencial.

El silencio de Astrid inundó la habitación.

La piel blanca de Soleil tomó un color rosado intenso.

—Mis pinturas de rosas son las que más se venden. Casi no doy abasto con la demanda.

Mis PDO me dijeron que estábamos entrando en territorio peligroso.

—¿Quieres acariciar a mi jerbo...? —pregunté, pero Astrid habló antes de que Soleil pudiera responder.

—Me alegro por ti, Soleil, lo digo en serio. —Suspiré aliviado, pero luego agregó—: Tus obras son perfectas para salas de juntas y vestíbulos corporativos.

Ay, ay, ay.

Soleil cruzó los brazos con firmeza.

—Los padres de Arpad llegarán el fin de semana. Pueden quedarse aquí hasta entonces.

—No me dijiste eso —dijo Astrid.

—Te lo digo ahora —dijo Soleil con la vista fija en las rosas amarillas.

Soleil y su familia tenían planes para esa noche, así que Astrid y yo fuimos a Helen's Grill y pedimos para cenar el desayuno veinticuatro horas. Me sentía ansioso. Es lo que pasa cuando no tienes dónde vivir.

La mesera nos trajo nuestra orden.

—¿Por qué los platillos del desayuno saben mejor a la hora de la cena? —preguntó Astrid.

—Es uno de los misterios de la ciencia.

Comimos en silencio durante un rato. Luego, Astrid dijo:

—Se me ocurre algo divertido. —La miré con la boca llena de huevos revueltos—. Viviremos en la camioneta. Sólo unas cuantas semanas, en lo que encuentro otro lugar donde vivir. Piénsalo, Felix. Serán las mejores vacaciones de verano. La libertad, la aventura... Cuando tenía diecinueve años, mi libro favorito era *En el camino*, de Jack Kerouac. ¡Será genial!

Pensé en ello. Lo más lejos que había viajado era a Victoria; mi salón fue a visitar el edificio del Parlamento pro-

vincial cuando yo tenía diez años. Marsha se la pasó jalándome el cabello todo el viaje de ida y todo el de regreso.

—¿Podemos viajar? ¿Atravesar la Columbia Británica? ¿O tal vez llegar a las Rocallosas?

—Por supuesto.

—¿Tenemos el dinero necesario?

—Para un mes, sí. Tengo algo ahorrado.

—Si tienes algo ahorrado, ¿por qué nos atrasamos con la renta?

Astrid se echó una tira de tocino a la boca.

—El casero nos estaba estafando. No sé cuántas veces le pedí que reparara algo y nunca lo hizo. *Nos debía* varios meses de renta por todo lo que tuvimos que soportar allí.

—Ah.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Las mejores vacaciones de verano?

Yo no estaba muy convencido, pero no quería ser agua-fiestas.

—Supongo. Sí.

Entrechocamos las manos para cerrar el trato.

Y eso me lleva a principios de agosto.

Al día en que empezamos a vivir en la camioneta.